

LA "PSICOLOGIA INDIVIDUAL" DE ALFREDO ADLER

En mi artículo sobre "La Filosofía Neo-escolástica y la Pedagogía," publicado en el número anterior de esta Revista, hacía resaltar cómo en nuestros días la filosofía Neo-escolástica estudia con vigor y resultados sorprendentes el problema filosófico de la educación, especialmente por obra de la Universidad Católica del "Sacro Cuore" de Milán.

Me parece interesante, al respecto, que los psicólogos y educacionistas conozcan ciertas modernas teorías alemanas, que ofrecen contribuciones valiosas para el conocimiento del desarrollo del niño y su sistemación psíquica. Me refiero a los trabajos de Sigmund Freud, fundador de la "psicoanálisis" y a Alfredo Adler, fundador de la "psicología individual".

En este artículo quiero ocuparme de la "psicología individual adleriana" y sus aplicaciones a la pedagogía. Análogo estudio haré sobre "la psicoanálisis" de Freud en el próximo número.

La crítica que hace, en primer lugar, Adler a la psicología es que ella trata sólo de las fuerzas psíquicas existentes pero muy poco de su uso y menos aún del fin que ellas se proponen. Esto es muy justo; pero se puede contestar que hay otras disciplinas que se ocupan de la materia en palabra y, no por necesidad, la psicología.

Dice Adler: ni las fuerzas ni los fenómenos de la vida psíquica que descubrimos por medio de la experiencia y que deducimos por medio del análisis dan la comprensión del hombre, porque la vida psíquica no es un ser (Sein) sino un deber (Sollen). Por esta acción dirigida a un determinado fin se crea en la entera vida psíquica un "empuje hacia adelante"; y es justamente en la sucesión de los hechos que se forma tal empuje, que las fuerzas y las categorías de la vida psíquica siguen su pauta, toman su forma bien definida y su dirección. El desarrollo de la vida psíquica por los deberes y los fines que nos proponemos. Es por ésto que encontramos en todos los fenómenos psíquicos una

tendencia hacia una meta (*Zielstrebigkeit*); a cuya meta se adaptan todos los deseos, temores, defectos, fuerzas, experiencias y la capacidad del individuo.

De lo dicho resulta que una verdadera comprensión de un fenómeno psíquico y de una persona se puede obtener por una visión sintética a fundamento teológico, obra y sufre de conformidad a su teología individual que obra a su vez sobre él como un "fato", como un destino ciego hasta haberla comprendido. Los orígenes de la teología resaltan hasta la primera infancia y son, casi siempre, mal influenciadas por dificultades somáticas y psíquicas y resienten, por largo tiempo, las primeras situaciones infantiles favorables o desfavorables.

Adler reconoce de esta manera la importancia de la causalidad por la comprensión de la experiencia psíquica, aún admitiendo que ella no es suficiente para dar una explicación de un enigma psíquico o para prever una posición psíquica. La meta de la vida psíquica arrolla todas las actividades del alma. Esta es la raíz de su personalidad que se caracteriza, no por el origen de sus fuerzas sino por la finalidad que persiguen. Según Adler esta finalidad, esta meta que todo individuo se propone es: el hacerse valer, el prevalecer; meta y finalidad que en el nervioso es especialmente evidente. Ella modifica su lógica, su estética, su moral y le dá sus características correspondientes, inteligencia, energía y afectos. La idea dominante de su personalidad determina su modo de proceder y sus directivas que se asocian a toda su vida como en una eterna melodía. Sólo quien ha penetrado en tales directivas puede conocer el significado de cada movimiento.

Las notas nada nos dicen si no conocemos la melodía de la cual ellas hacen parte. Pero quien conoce las directivas del hombre comprende de él todo fenómeno psíquico. ¿Mas, cuál es el origen de este deseo de prevalecer?

Para Adler es el sentido de inferioridad del niño y el deseo de librarse de todo ésto. Para comprender esta parte del sistema de Adler y las consecuencias que él deduce para el educacionista es útil consultar un reciente estudio de Wexberg que se ocupa del problema en su obra.

Al nacer empieza a formarse lo que es el principio de todo

desarrollo psíquico: la distinción entre el yo y el mundo exterior.

En esta fase del hallazgo del propio yo (*ichfindung*), que se cierra cerca del primer año de edad, el niño no tiene un desarrollo físico correspondiente al psíquico y esta desproporción continúa aún por muchos años. En el animal una presunta conciencia del yo (entendida como diferenciación del mundo exterior) coincide con la autonomía individual. En el hombre en vez de la independencia completa del ambiente (es comprendida también la economía) se realiza muy tarde y cuanto más es superior la clase social, así la experiencia psíquica que domina por muchos años es: yo soy pequeño y débil y dependo de los otros y tengo que hacerme grande, fuerte e independiente. Este hecho dominante es normal en todos los niños y es ciertamente presente aún cuando no se exterioriza y es justamente la base del sentido de inferioridad de Adler.

Los caminos para superar este sentido de inferioridad son dos: uno es el camino normal del desarrollo individual (contar prevalentemente sobre sí mismo) a que corresponde psíquicamente la tendencia de querer prevalecer y hacer progresos físicos y psíquicos para conocer y conquistar nueva posibilidad de vida, procediendo con táctica, sin renunciar al sostén de los adultos. El segundo camino es dar su adhesión efectiva al ambiente familiar, tener del sentido social de la solidaridad (*Gemeinschaftsgefühl*) la seguridad de poder contar solamente con aliados poderosos en la lucha de la vida (contar prevalentemente en los otros).

El niño cumple con dos deberes: disponer de los otros y desarrollar la propia individualidad, aún en contra de los otros, a pesar de valerse de ellos por fuerza de las cosas, usando, en este caso, de una instintiva táctica, que es decisiva para el desarrollo del carácter. Acuérdesse al respecto los caprichos y las mañas de los niños para salir con la suya, el miedo que ellos tienen de la obscuridad, y como por medio de sus manifestaciones de miedo, obligan a los adultos a intervenir en defensa propia.

Es natural que el sentido de inferioridad, muy acentuado y reforzado por causas ocasionales, (debilidad orgánica, enfermedad, miseria, educación equivocada) causa daño de dos maneras:

en primer lugar porque deprime, secundariamente porque, casi por equilibrio, dá una fuerza efectiva, es decir morbosa, al deseo de hacer prevalecer, por todos los medios, la propia persona.

Toda esta lucha entre la individualidad en desarrollo y el ambiente del cual depende el niño, es visto por la escuela de Adler como el aspecto del instinto de la conservación. El educacionista debe tener en cuenta de estas modalidades del desarrollo y tratar de comprender y seguir, en este sentido, la experiencia psíquica personal del sujeto que le es confiado.

Como se ve la escuela de Adler parece hacer caso omiso de todos esos poderosos estudios sobre la herencia y sobre la constitución del individuo, problemas que, en los países alemanes y no alemanes se estudian con mucha atención y hasta están en boga. Wexberg defiende la psicología individual de los ataques por estos pretendidos olvidos con dos argumentos: uno práctico, cuyas consecuencias se pueden sin más aceptar; el otro es doctrinario, cuyos argumentos aceptamos con algunas reservas.

El argumento práctico es el siguiente: admitiendo disposiciones innatas, es decir aceptando un grosero determinismo, cesaría, desde el inicio, los experimentos psicológicos. Nunca, dice el susodicho autor, hay que limitar a priori el campo de los experimentos por miedo de las interferencias, cuando uno se encontrara de una manera decisiva, en terreno no propio, hay que confesar, sin más, frente a la evidencia; y casi siempre llega mucho más lejos del punto que uno preveía al principiar. El hecho es muy importante para el educacionista. Este debe partir del principio que "cada individuo todo lo puede" y nunca dar por perdido ningún caso: no debe dejarse enredar por los prejuicios de la imposibilidad y por los motivos de herencia y constitución. De esta manera obtendrá, muy a menudo, y con sorpresa, resultados imprevistos, sin decir que se puede ensanchar el campo de la posibilidad para el educacionista, que equivale hacerlo optimista, darle un mayor estímulo para obrar y mas eficiencia.

Veamos ahora, desde el punto de vista doctrinario, los argumentos que opone la escuela de Adler contra la teoría de los constitucionalistas. Esta escuela subraya a importancia de dos mecanismos psíquicos: el ejercicio (training) y la hipercompen-

sación. El ejercicio es mucho más importante de lo que se supone, como lo demuestran las experiencias de la escuela de Pavlow y de Adler, cosa que debe admitirse aún por aquellos que no quieren exagerar el postulado del reflejo condicionado de Pavlow. Cuando, por una circunstancia aún exterior, hay en toda manifestación de la propia personalidad, un suceso, el estímulo por la repetición (ejercicio), obtenemos de este suceso el estímulo para la repetición (ejercicio) en modo de obtener más y más fácilmente otros sucesos y tener una notable diferenciación de los otros, tanto para disimular una "disposición". Este es el primer caso en que se presenta evidente la importancia del ejercicio y que resulta también en la hipercompensación.

La hipercompensación (über-compensation) es la compensación que va más allá de la meta de la simple reparación, y es un proceso general en la naturaleza (piénsase por ejemplo en el tejido cicatrizante mucho más espeso de aquel de la piel normal). Sobre la hipercompensación fisiológica hay una hipercompensación psicológica en aquellos que tienen una inferioridad física y psíquica, real o presunta, que quieren compensar. La compensación se obtiene por medio del ejercicio; más aún el ejercicio dá la hipercompensación en manera de disimular nuevamente una disposición. Se explicaría así, según la escuela de Adler, porque es acentuado el número de los pintores con defectos de la vista y el número de músicos con defectos del oído. Y este mecanismo de la hipercompensación vuelve a funcionar muy a menudo y escapa al control, porque a veces, la inferioridad es simplemente subjetiva.

Si estas explicaciones de la hipercompensación y del ejercicio no son suficientes para hacer pasar en segundo orden la componente genotípica, como desean los secuaces de Adler, ellos pueden dar, en muchos casos, una explicación suficiente de algunas actitudes marcadas. Además no hay que olvidar que el ejercicio tiene una grande importancia en la formación del carácter, porque admite, con anterioridad, un impulso continuo que puede darlo quien tiene una meta, en este caso el deseo de posesionarse de una plena y propia personalidad.

Estas ideas de Adler tienen una importancia social de primer orden, especialmente en el actual momento histórico.

Como hemos visto Adler concede poca importancia, para el educacionista, sea desde el punto de vista doctrinario, sea bajo el punto de vista práctico, a los factores remotos y se concentra sobre los factores actuales individuales del alma en desarrollo y se justifica el interés por el sentido de inferioridad. Este sentido, como hemos dicho, normalmente presente en cada niño debe ser estudiado, controlado e influenciado por el educacionista, para obtener un desarrollo psíquico, armónico y una completa eficiencia escolar que es el prelude de una completa eficiencia en la vida para evitar la formación de un carácter anormal, es decir, las enfermedades y la disminución del rendimiento social.

Hay que considerar las causas externas que pueden llevar al aumento del sentido de inferioridad y sobre todo la debilidad, enfermedades, defectos de los sentidos y de los órganos, aspecto externo, desviación de la línea normal (flacura, gordura, estatura muy alta o muy baja). Especialmente defectos exteriores, causa de las burlas, originan el desaliento, acompañado casi siempre de una latente pero viva ambición de superar el propio defecto. Lo que dá origen a tentativas tumultuosas y desordenadas, dirigidas a este fin, seguidas siempre del sentido de inferioridad más agudo, sensación de ser infeliz, de no tener suerte, de ser una víctima del prójimo, etc. Un sentido de inferioridad que lleva a graves consecuencias sociales es aquel del niño pobre que en la escuela vive en compañía del rico, con el cual se confronta, y siente que nunca podrá alcanzarlo. Tal condición es sentida no sólo como una desgracia inmerecida, más aún como una venganza.

De este desaliento derivan, acto continuo, o más tarde, los caminos fáciles para obtener una efímera superioridad y una falsa ventaja: se empieza con las pruebas de virilidad o de superioridad frente a los compañeros (el fumar, el alcohol, el libertinaje) hasta llegar al delito y a la prostitución. Pero para que el desaliento, según Adler, conduzca al vicio o a la enfermedad son necesarios otros factores, entre los cuales y en primera línea, las especiales condiciones de aquella que Adler llama "constelación fa-

miliar". Teniendo en cuenta el sentido de inferioridad y de la constelación se interpretan hechos ya conocidos.

El hijo único, que de costumbre es muy ayudado, cuenta demasiado sobre los otros: casi siempre no quiere estar solo, en el primer día de escuela sufre una crisis, cuando se encuentra uno entre muchos y con éstos tiene que dividir la ayuda del maestro. La primogenitura tiene sus peligros. Mucho se pretende del primogénito: debe dar el ejemplo a los otros y tiene el temor de no salir airoso como de él se desea y se espera. El último nacido casi siempre es pesimista. La imposibilidad de superar la distancia que media entre sus hermanos mayores, la conciencia de ser irreparablemente el más pequeño, el más débil lo acobarda desde el principio. Muchas veces, por contraste, se desarrolla más tarde en carácter rebelde, audaz y que queda vencido por el primer obstáculo que encuentra. El último nacido, cuando media mucho tiempo de los otros hijos, encontrándose entre los adultos se halla en análogas condiciones del hijo único.

Estos son casos extremos que se realizan cuando coinciden muchos elementos desfavorables; pero, en realidad, por cuanto la vida todo lo nivela, no es difícil, teniendo presente estos puntos de vista, diagnosticar entre los adultos, por ejemplo al primogénito, de su actitud de quien todo lo sabe, por ser conservador, por su espíritu de contradicción, por su falta marcada de independencia, por la tendencia a mandar, por la pigracia y molicie.

En las niñas el sentido de inferioridad se acentúa por el desprecio y poca importancia que tienen con las mujeres en muchas familias. Tal vez a ésto se debe, como reacción, la tendencia a la masculinidad que se manifiesta en la vida femenina moderna, hasta en el modo de vestirse y de peinarse.

La inferioridad orgánica, el ambiente social, la constelación familiar y el sexo constituyen, en cierta manera, las condiciones que concede el destino para el desarrollo del carácter del niño.

A estas condiciones se contraponen la educación como tentativa de influir sobre tal desarrollo, según un plan determinado. El efecto de la educación será diferente según la presencia de determinados factores. Es de suma importancia si el niño educado con serenidad, es físicamente fuerte o débil si el niño viciado es hi-

jo único, primogénito o último nacido, si es de sexo masculino o femenino. Tarea principal y condición más importante de la pedagogía que arranca de la psicología individual, es investigar estas condiciones en los casos singulares y analizar el efecto de las condiciones de vida en toda la personalidad.

En general, se puede decir, que la educación autoritaria, la cual requiere obediencia incondicionada, es perjudicial como fácil creadora de desaliento. El mejor producto de este tipo de educación es "el niño modelo" cuyo naufragio en la vida es por demás conocido. Por otra parte los niños viciados son incapaces de sufrir, son egoístas, caprichosos, aún dependientes de los otros. Son conocidos los daños que provienen de los padres nunca contentos, nerviosos, vanidosos.

Según la psicología individual de Adler hay que buscar un equilibrio y una compensación entre la tendencia a hacerse valer personalmente (peronliches Geltungesgefühl) y el sentimiento social (Gemeinschaftsgefühl). Naturalmente es el sentimiento social que el educacionista debe reforzar, porque tal sentimiento que es la expresión del hecho que el hombre puede vivir solo con los otros hombres, casi no se hace sentir en la niñez.

Pero, como resulta de los datos de la psicología individual, toda tendencia hostil a la sociabilidad es una manifestación de inferioridad y falta de fe en sí mismo. En efecto, sólo quien cree en sí mismo encontrará la calma y la seguridad interior que lo inducen a pensar no sólo en sí mismo sino en los otros. Para aumentar el sentido social, es deber del educacionista aumentar la fe en sí mismo.

El éxito le demostrará el modo de comportarse en la vida, en el trabajo realizado por el interés de una sociedad (aún de una pequeña familia), en el trabajo varonil sin jactancia, en las relaciones sexuales que deben conducir normalmente al matrimonio, en él adaptarse al medio social (gemeinschaft) en las relaciones sociales.

Norma de la vida es el optimismo que no dice "no puedo" sino siempre "quiero tentar," no el optimismo en el sentido de euforia fugaz y del epicureísmo.

Norma para juzgar un hombre debe ser, además de su modo

de comportarse en la vida, sus directivas que se pueden conocer muy bien con los medios reveladores de la vida subconsciente, sobre cuyo problema ha llamado la atención la psicoanálisis.

La psicología individual ha tomado la tarea de estudiar la personalidad humana como una unidad que tiende a una meta. Hay que reconocer que este punto de vista puede ser muy excelente e interesante para el educacionista.

Freud, estudiando la morfología, la estática, la dinámica de las profundidades psíquicas del subconsciente, y la economía de las fuerzas psíquicas, ha puesto de relieve la precocidad de las experiencias psíquicas decisivas, la importancia de la sexualidad en sus lejanas raíces (hasta llegar a decir que el suceso en la vida depende de una adecuada posición psíquica hacia nuestros semejantes del propio y del otro sexo) pero ha considerado el ambiente más que otra cosa, como factor de esta decisiva orientación sexual.

Adler, en cambio, salido del campo de la sexualidad, a la cual Freud reducía también el instinto por el dominio y la afirmación individual, ha considerado el instinto como una fuerza elemental autónoma y ha juzgado nuevamente el desarrollo psíquico y el ambiente desde este su ángulo de prospectiva. Aún utilizando muchos datos y argumentos técnicos de Freud. Pero en Adler siempre se siente netamente el origen freudiano: en general se puede decir que él arrancando como Freud, de la psicoterapia, encontró en sus enfermos algo de común: en vez de trauma psíquico (casi siempre sexual) de Freud, se encuentra el sentido de inferioridad exagerado. Digo exagerado, porque este sentido de inferioridad se encuentra también en el individuo normal.

De los enormes datos facilitados por la psicoterapia, Adler, como Freud, ha extraído una doctrina; y como Freud, ha hecho caso omiso de los puntos de contacto con los estudios y doctrinas anteriores. Adler en todo lo que nos presenta hay datos de psicología general, de psicopatología general y aplicada, de psicología, pedagogía, unidos a muchas interpretaciones que conducen a un sistema filosófico.

Ahora del punto de vista de la psicología empírica toda teología merece seria crítica. Ese determinismo que la escuela de Adler excluye cuando habla de herencia y constitución para tener libre el experimento psicológico, entra, según Adler, en el campo psíquico como factor de importancia capital, cuando él clasifica casi a todos los hombres por "desalentados", cuyo punto de partida es el sentimiento de inferioridad y punto terminal librarse de él. Añádase a ésto la enorme importancia que Adler dá a los factores del ambiente que vienen a substituir el "fato" y se podrá ver como estrechamente venga determinada, sin posibilidad de previsión (el mismo Adler lo confiesa), toda actividad psíquica y toda individualidad.

Estas interpretaciones del adaptamiento del yo al ambiente, poner como meta de la humanidad la socialización, la solidaridad humana, llama la atención por la coincidencia de dar valioso apoyo a las ideas y aspiraciones propias del ambiente político y social en que vive Adler. Estas ideas que he puntualizado fueron causa para que muchos psicólogos y psiquiatras hayan tomado las doctrinas de Adler con una cierta deficiencia, aún admitiendo que Adler construye su doctrina sobre material que nos enriquece de nociones y datos interesantísimos.

En fin Adler y todos aquellos que quieren atar la psicología a un sistema, a una interpretación filosófica, no son amigos de la psicología, la traicionan, la quieren remover de su modesta pero segura posición de disciplina netamente científica. Y disciplina científica significa, según el célebre Sante De Santis, "disciplina filosóficamente agnóstica". Buscar más allá del movimiento la meta a la cual tiende el mismo movimiento quiere decir comprometer la psicología con la suerte y con los aspectos de la meta, que cambian según el clima y los antecedentes sociales e históricos. Hay que aceptar, en cambio, los datos y las adquisiciones de la psicología, como ciencia, pero no teológica, para efectuar una adquisición estable e indiscutible del saber humano, como, por ejemplo, es una adquisición estable e indiscutible lo que nos enseña la anatomía y fisiología, excepción hecha de las hipótesis e investigaciones que son elementos de trabajo.

Frente a la pedagogía Adler toma la misma actitud de filó-

sofo como frente a la psicología. En efecto, el punto de partida de Adler es sanar al niño inferior e insuficiente para la vida y hacerlo eficiente para cumplir con su misión y su fin social. También la pedagogía persigue el mismo fin: sin partir de la misma constatación preliminar: la inferioridad. Rousseau, por ejemplo, partió de una constatación diametralmente opuesta.

Pero el psicólogo y el educacionista deben estudiar las doctrinas de Adler y de su escuela, a fin de adquirir mayor amplitud de miras, más vastos conocimientos, tan necesarios para la educación de la juventud

Lima, Diciembre 10 de 1934.

Juan E. Cavazzana.